

LA EDUCACIÓN DE LA AFECTIVIDAD: UNA PROPUESTA PERSONALISTA

EDUCATION OF AFFECTIVITY: A PERSONALIST PROPOSAL

Santa Cruz Vera Dalia Jaqueline*

Departamento de Humanidades. Universidad Católica de Colombia. Bogotá. Colombia
djsantacruz@ucatolica.edu.co

Resumen

La educación tiene como finalidad el desarrollo armónico de todas las dimensiones de la persona: psicomotora, afectiva, intelectual, volitiva y espiritual. Sin embargo, la afectividad es una de las que ha sido más relegada dentro del ámbito universitario. El artículo expone la necesidad de educar el mundo afectivo de los estudiantes, más aún cuando la familia y la escuela, ámbitos privilegiados para su desarrollo, no siempre la favorecen adecuadamente. Después de mostrar el panorama actual en el que están inmersos los jóvenes, así como de explorar el concepto de afectividad en cuanto fuerza para la acción, se propone unos medios para su formación: promoción de personas de criterio, orientación de los propios afectos, la fuerza del ejemplo, y el cine de calidad como un buen recurso pedagógico. Como conclusión, se propone a la Universidad la creación de algunos espacios que contribuyan a la reflexión e investigación en estos temas y a la madurez afectiva de los educandos.

Palabras clave: Afectividad, persona de criterio, emotivismo, vidas ejemplares, cine.

Abstract

Education has as purpose the harmonic development of all the dimensions of the person: psychomotor, emotional, intellectual, volitional and spiritual. Nevertheless, the emotional aspect is one of the most relegated in the university environment. The paper exposes the need to educate the emotional world of the students, even more when the family and the school, privileged environments for their development, do not always favor it properly. After showing the current outlook where the youth is immersed, as well as exploring the concept of affectivity as a way for willpower, some means for its education are proposed: sound judgment people promotion, orientation of the own affections, the power of the example, and high quality movies as a good pedagogical resource. In conclusion, the University intends to create some spaces that contribute to the reflection and research on these issues and the emotional maturity of students.

Keywords: Affectivity, sound judgment person, emotions, model lives, movies.

*Bióloga. Master en Bioética. Master en Ciencias del Matrimonio y la Familia. Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. Adscrita al grupo de investigación "Philosophia personae". Línea de Investigación "Ética, Política y Educación", Entre sus publicaciones se citan entre otros: "Importancia de la educación del pudor en la familia", "La mujer a la luz de Jesucristo y de su Evangelio", "Mujer y elevación de lo humano".

Recibido: 15 de Julio 2015 / **Aprobado:** 30 de Agosto 2015

Introducción

“Tener un corazón capaz de amar, un corazón que puede conocer la ansiedad y el sufrimiento, que puede afligirse y conmovirse, es la característica más específica de la naturaleza humana.”

Dietrich von Hildebrand (2005, p. 15)

Las instituciones de educación superior suelen centrar su labor formativa en el avance científico y tecnológico, las investigaciones de punta, la eficacia financiera y administrativa, y la innovación informática entre otras; todas ellas de indudable importancia y propias de la formación académica universitaria. Sin embargo, se constata también la necesidad de apuntar al mismo tiempo que a una óptima educación científica e intelectual, al desarrollo moral y afectivo de los estudiantes.

La persona humana es un ser inacabado, no está hecho del todo, sino que debe ir “haciéndose” a lo largo de la vida. La educación tiene un papel fundamental en este “hacerse” de la persona, en este camino de crecimiento irrestricto al que es llamado todo hombre. Por ello, la educación debe atender a la persona en todas sus dimensiones: psicomotora, intelectual, volitiva, afectiva, religiosa, moral, artística, etc.; pues, todas ellas son susceptibles de crecimiento y perfección.

La persona puede “ser más” a través del perfeccionamiento integral de cada una de sus facultades. Este es el fin de la educación. Con palabras de un gran educador español, Tomás Morales Pérez, podemos decir que: “Educar es desarrollar armónicamente todas las facultades específicamente humanas del discípulo. Es enseñar a pensar hondo, a querer con eficacia, a actuar con intensidad” (2003, p. 273). Por tanto, nada que sea verdaderamente humano puede quedar relegado dentro del campo educativo.

Es sorprendente, por ejemplo, la reflexión que realiza el fundador de la escuela de Logoterapia, Víctor Frankl (1987),

frente a los resultados obtenidos en una investigación llevada a cabo con egresados de la Universidad de Harvard. Al parecer, veinte años después de su graduación, un porcentaje elevado de estas personas –que tenían una muy buena situación laboral y que parecía llevaban una vida ordenada y feliz vista desde fuera-, se lamentaban de tener un *sentimiento abismal* de falta de sentido.

Resulta evidente, entonces, que para alcanzar una vida plena y un óptimo desarrollo profesional no es suficiente el solo bagaje intelectual. Éste debe ir acompañado de una educación de las emociones y los afectos, de un acertado desarrollo moral y de insertar el propio proyecto de vida en un horizonte de sentido trascendente, valioso, pleno.

Esta reflexión pretende ser una llamada a los profesores universitarios, especialmente a aquellos que se ocupan de la formación humanística, a dirigir la mirada a esas otras dimensiones de la persona que es necesario contemplar desde la academia universitaria si queremos contribuir a formar al hombre completo, para pensar en conjunto propuestas que puedan incidir luego en el mejoramiento de la tarea educativa. La misma no tiene otra finalidad sino la que ya apuntaba Tomás de Aquino (1994): promover y conducir al educando hacia el estado perfecto de hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud. Es decir, ayudarlo a crecer hasta alcanzar la plenitud humana a la que está llamado.

La afectividad: una dimensión para ser educada

En la vida se experimenta, con no poca frecuencia, una tensión entre aquello que conocemos como “bueno en sí mismo” y aquello que deseamos como un “bien particular”, un “bien para mí” aquí y ahora. No siempre es fácil armonizar nuestros deseos con lo que conocemos deberíamos desear, así como, lo que hacemos con lo que sabemos deberíamos hacer. Esta contradicción experimentada muchas veces dentro de nosotros nos recuerda la condición

dramática de nuestra existencia: somos seres finitos, pero abiertos a la infinitud. Reconocemos que estamos hechos para el bien, la verdad y la belleza; anhelamos desde el fondo del corazón una vida plena y feliz en sentido profundo, auténtico. Sin embargo, en nuestro diario vivir sentimos con mucha fuerza la atracción que ejercen sobre nosotros los bienes sensibles y particulares, materiales y contingentes.

Estos “bienes particulares” -placer, dinero, reconocimiento social, etc.- responden a nuestras múltiples necesidades humanas, de ahí su poder de atracción sobre nuestras tendencias sensibles y psíquicas. Sabemos, no obstante, que deben ser supeditados a bienes más altos o superiores como la amistad, el amor, la fe, las convicciones morales y religiosas, si no queremos que nos alejen o desvíen de nuestro fin último.

Por experiencia de vida sabemos que si hay algo que nos mueve a actuar es el amor. Él nos dota de una energía increíble para llevar adelante grandes empresas, por difíciles que parezcan. La esperanza por alcanzar el bien deseado se transforma en fuerza que mueve montañas. La posesión del bien deseado o la presencia del ser amado llenan de alegría y de gozo, dan una luminosidad especial a la vida (Wadell, 2002).

La tristeza y el desamor, por el contrario, paralizan a las personas. El dolor, el sufrimiento, -el mal en cualquiera de sus manifestaciones- despiertan en el alma sentimientos de aversión y de rechazo.

El puesto de la afectividad y los sentimientos en la vida humana es muy central. Son ellos los que conforman la vida anímica interior e íntima, los que impulsan o retraen de la acción, y los que en definitiva juntan o separan a los hombres. Además la posesión de los bienes más preciados y la presencia de los males más temidos significan *eo ipso* que nos embargan aquellos sentimientos que dan o quitan la felicidad. (Yepes y Aranguren, 1996, p. 59).

Los afectos –llámense emociones, sentimientos, pasiones o estados de ánimo– están siempre presentes en nuestra vida; brindan un colorido característico a nuestra experiencia cotidiana, le dan un tono particular. La afectividad, parte constitutiva e irremplazable de nuestro ser, nos acompaña siempre, motivando nuestras acciones en una dirección u otra, o bloqueando el desarrollo de las mismas. Puede ser “catalizadora” eficazísima de todo lo que emprendamos; influye poderosamente en nuestras decisiones y elecciones diarias, en la manera de orientar nuestra vida, en la calidad de nuestras relaciones interpersonales, en nuestro trabajo y estudio y en los mil quehaceres de la vida.

La afectividad permea, en fin, nuestro comportamiento todo. Como escriben Tomás Melendo y Gabriel Martí, en su libro “Elogio de la afectividad”:

Prácticamente en todo lo que hacemos o dejamos de hacer, en lo que pensamos, en lo que anhelamos o queremos o rechazamos o menospreciamos (...) está presente, con más o menos vigor o conciencia, para bien o para mal, un factor sentimental o emotivo. (2009, p. 66).

De lo que hemos venido diciendo podemos deducir que la afectividad es esa dimensión de la persona por la que es capaz de ser conmovida -“afectada”- por la realidad, por todo lo que nos rodea. “Es una forma de percibir lo real como no-indiferente, como algo que tiene que ver con nosotros, que nos involucra y vincula; es en fin, la forma en que nos vivimos a nosotros mismos *afectados* por lo que ocurre, tanto fuera como dentro de nosotros mismos” (Barrio, 2007, p.129).

Al respecto, von Hildebrand escribe: “La esfera afectiva comprende experiencias de nivel muy diferente, que van desde los sentimientos corporales a las más altas experiencias de amor, alegría santa o contrición profunda” (1996, p.36).

Panorama que se presenta en la educación de la afectividad en los jóvenes hoy.

En la tarea de educar la afectividad es a la familia a quien corresponde un puesto privilegiado e irrenunciable. La familia, en primer lugar y también la escuela, constituyen los entornos privilegiados donde se nutre la afectividad humana: es allí donde se sientan las bases para el desarrollo psico-afectivo del educando. Qué duda cabe que es en el hogar familiar donde el niño va alimentándose, casi por ósmosis, de aquellos valores y comportamientos que conformarán poco a poco su personalidad.

Tras los años críticos de la adolescencia podría pensarse que el joven ha adquirido ya un bagaje suficiente para poder bandearse en la vida manejando adecuadamente sus emociones y sentimientos. Sin embargo, la realidad nos revela a menudo lo contrario: muchos jóvenes llegan a la Universidad desorientados y con grandes carencias afectivas.

El ingreso al mundo universitario, apenas alcanzada la mayoría de edad, y cierto sentido de independencia característico por lo demás de esta etapa de la vida, se convierte para muchos en un escollo: el vicio en sus más diversas manifestaciones –alcohol, juego, droga, sexo, etc.- está dispuesto a abrirle sus puertas. Ante estas nuevas experiencias, que pueden “atraer” y “desconcertar” al mismo tiempo, se hace necesario responder desde el hondón de una madurez de la que, en muchos casos, se carece.

Si, a las observaciones apenas hechas, añadimos que en la sociedad actual se constata con facilidad una marcada tendencia a exaltar el instinto, las emociones y los sentimientos – por tanto, a replegar el ejercicio de la inteligencia y la voluntad –nuestro *panorama* adquiere unos rasgos aún más preocupantes en orden a la educación de la afectividad.

Dentro de una cultura hedonista y consumista, a los jóvenes se les bombardea

con frases como éstas: “sé libre, disfruta tu cuerpo”, “no te reprimas, sigue tus emociones”, etc. El mensaje de fondo es que no importa lo que la persona elija, con tal que responda a lo que *siente* en ese momento. La cultura del instinto y del *emotivismo* se despliega ante nuestros ojos.

Los medios de comunicación son un detonante de este tipo de *cultura*. Para nadie es un secreto la inmensa influencia que éstos ejercen sobre las personas, sobre sus criterios de acción y elección, sobre la manera de enjuiciar la realidad.

En el terreno de la afectividad es necesario mencionar la negativa influencia que pueden tener algunos medios de comunicación al tratar de manera superficial ciertos temas relacionados con la sexualidad, la procreación y el respeto por la vida (López Quintás, 2009).

La sexualidad es tratada de manera trivial en muchos de los programas de radio y televisión, en el cine, en las revistas y periódicos. Se promueve por doquier el *erotismo*, es decir, el ejercicio de la sexualidad “arrancado” de su contexto propio: el amor interpersonal y estable dentro del matrimonio.

Algo parecido podemos decir de la *apología emotivo-sentimental* que se hace de algunas cuestiones de bioética como son, entre otros, el aborto y la eutanasia. Pareciera que lo que se pretende no es que las personas reflexionen sobre el tema, pues, la mayoría de las veces no se matiza lo que se afirma, no se dan razones, se habla al corazón y no a la cabeza. Se *apunta* a la sensibilidad y no a la inteligencia.

Las instancias educativas personalizantes de los sentimientos (familia-colegio) –escribe Fernando Sellés- se sustituyen hoy por medios de comunicación impersonales que ofrecen una información sesgada y superficial con una carga emocional excesiva ante estímulos insignificantes. (Sellés, 2009, p. 184).

Era conveniente contemplar, aunque sea a grandes rasgos, la situación actual en la que nos encontramos para comprender mejor la difícil, pero entusiasmante, tarea que se tiene por delante.

Medios para la formación de la afectividad

Antes de proponer algunos medios para la formación de la afectividad en el ámbito universitario, es necesario tener en cuenta que, aunque la familia y las instituciones educativas coadyuven, no deja de ser una tarea eminentemente *personal*: cada uno está llamado a asumir conscientemente la educación de esta dimensión de su ser.

La afectividad es un aspecto fundante en la formación de la personalidad y, por ello, requiere toda una vida en ascenso permanente hacia una mayor plenitud humana. Se trata de una tarea diaria que viene marcada, la mayoría de las veces, por el habitual cumplimiento de los deberes familiares, profesionales y sociales. En la actitud como se afrontan y vivencian esas situaciones cotidianas se pondrá de manifiesto el mundo interior de los afectos, susceptibles siempre de ir puliéndose y enriqueciéndose más y más.

Habrán algunas ocasiones más extraordinarias que pueden tomarnos por sorpresa y provoquen una especie de choque o enfrentamiento, tales como fracasos profesionales, ruina económica, muerte de familiares o amigos cercanos, enfermedad, etc. Nos encontramos entonces ante un gran forjador natural de la afectividad: el sufrimiento (Yepes y Aranguren, 1996).

Cuando toca a nuestra puerta, en su sinfín de variantes, podemos calibrar objetivamente el grado de madurez afectiva que hemos logrado hasta entonces. El sufrimiento, bien asumido, se convierte en un maestro eximio que enseña como nadie a vivir con sabiduría y que provoca un crecimiento sustancial en el proceso de madurez afectiva.

Ahora bien, teniendo en cuenta que existe toda una trama de relaciones interpersonales y de factores ambientales que inciden *per se* en la compleja formación de la personalidad, los educadores universitarios ¿de qué manera pueden contribuir?

A continuación se propone algunos medios que pueden ser significativos para esta tarea.

Formar personas de criterio

Para ofrecer herramientas sólidas a los jóvenes contra la manipulación que, como se ha explicado, “en no pocos casos se sirve de la apelación al ámbito afectivo, las pasiones y sentimientos, excluyendo todo discurso argumental serio y erosionando así la base misma del proceso deliberativo” (Barrio, 2007, p. 119), es imprescindible ayudarles a desarrollar un agudo “sentido crítico”.

Lo anterior, reclama una adecuada formación intelectual que capacite al educando para que pueda enjuiciar la realidad y sea capaz de discernir en ella lo verdadero de lo falso, lo esencial de lo accidental, lo auténtico de lo espurio, a partir de criterios racionalmente fundados.

Contribuir a formar *personas de criterio* supone para el docente, en primer lugar, transmitir conocimientos objetivos. La rigurosidad académica es imprescindible. Todo saber auténtico forma el criterio, pues nada hace al hombre menos crítico que la ignorancia o el conocimiento de *verdades a medias*. Pero no basta con transmitir conocimientos verdaderos, hace falta que el docente se preocupe de explicarlos adecuadamente, de fundamentarlos. Una verdad que se presenta impositivamente, es decir, sin dar razones suficientes y asimilables para el estudiante, tarde o temprano se termina abandonando.

Ayudar a formar el criterio requiere también enseñar a leer *entre líneas*, a descubrir el mensaje profundo de lo que se nos comunica, a “distinguir entre la

ostentación y apariencia de la forma y la profundidad del fondo” (Barrio, 2007, p.121). Como bien apunta Barrio Maestro: enseñar a “detectar los sofismas implicados en tantas modas y prejuicios ambientales es una manera muy concreta de ayudar a las personas a pensar y actuar con criterio propio” (2007, p.121). Para ello, enseñar a leer despacio, analizando el significado de lo que se lee, promoviendo la comprensión global de lo leído, hacer patente su conexión con las experiencias de la vida personal de cada uno.

El régimen clásico y sano de la afectividad es el sosiego” señala el filósofo español Leonardo Polo citado por Sellés. De ahí que “A los jóvenes – y a los que no lo son tanto- les sobran fiestas, movidas, espectáculos... y, consecuentemente, les sobran respuestas emotivas fuertes ante realidades menudas y efímeras. Por el contrario, les falta trabajo, estudio y descanso pacientes y adecuados; trabajo y estudio sobre libros universitarios o sobre el libro de la vida; y descanso personalizado y sereno. (Sellés, 2009, p. 109).

Lo que se acaba de enunciar supone un trabajo que se debe emprender desde todas las disciplinas académicas universitarias, no sólo por parte de las que tienen a su cargo la formación humanística de los estudiantes; pero, sin duda que en el campo de las Humanidades esta tarea es irrenunciable.

Orientar los propios afectos

El dominio que ejercemos sobre nuestros afectos –emociones, sentimientos o pasiones- no es un dominio directo. La inteligencia y la voluntad no pueden suscitar directamente un sentimiento determinado, ni tampoco se puede eliminar una pasión, cuando ésta se ha despertado, con un simple acto de voluntad. Dietrich von Hildebrand en su libro, “El corazón”, escribe:

Una característica de la afectividad (que la distingue de nuestra esfera volitiva) es que no es directamente accesible a nuestro centro espiritual libre. La

alegría y la tristeza no se pueden engendrar libremente del modo que engendramos un acto de voluntad o una promesa y tampoco se pueden gobernar como gobernamos los movimientos de nuestros brazos. Podemos influir en la alegría y en la tristeza sólo de modo indirecto preparándoles el terreno en nuestra alma o desaprobando las respuestas afectivas que han surgido espontáneamente en nuestra alma. (1996, pp. 103-104).

Para este *dominio político*, como lo llamaba Aristóteles, o influencia indirecta sobre el mundo afectivo, es imprescindible que el estudiante, por un lado, conozca el dinamismo propio de su mundo psico-afectivo; aprenda a reconocer sus propios sentimientos o emociones, sepa dar nombre a lo que *siente* o, sencillamente, a lo que le pasa.

Por otro lado, para contribuir a que se conozcan a sí mismos, debemos hacerles ver que es necesario que se pregunten por la causa que origina en ellos determinadas vivencias interiores y a cuestionarse igualmente sobre las consecuencias de las mismas. Preguntas como: ¿Por qué me siento así?, ¿Qué ha provocado en mí este estado de ánimo, estos sentimientos o estas reacciones? ¿Es razonable que sienta o piense esto? (Risco, 2009, p. 154).

El objetivo que se pretende es que, a la par que crece el auto-conocimiento, pueda racionalizarse las propias vivencias afectivas: de ese modo será más fácil integrarlas luego en un horizonte de sentido, en un proyecto de vida. Debemos hacer tomar conciencia a los estudiantes de que entre las emociones y la conducta debe mediar la razón. El espacio que queda entre la reacción afectiva y la acción posterior es el espacio de la libertad personal. De ahí que, se puede sentir miedo y actuar valientemente; sentir tristeza y alegrar a los demás; dolor por la ofensa recibida y ser capaz de perdonar; estar agitado interiormente y actuar con serenidad.

En la medida en que, por la inteligencia y la voluntad libre, logremos superar los condicionamientos externos e internos nos convertiremos en los verdaderos protagonistas de nuestra vida, en señores de nosotros mismos. En esto consiste tener personalidad: en la capacidad de dirigir la propia conducta de acuerdo a la verdad descubierta.

Se estará en camino hacia la madurez afectiva cuando la persona aprenda a sentir lo que es justo; cuando sus sentimientos, emociones y pasiones *respondan adecuadamente a la realidad*; tengan una base de objetividad. Es decir, cuando la injusticia nos indigne. La maldad nos haga sufrir y la bondad nos atraiga. Y para esto, algunas veces se precisará neutralizar nuestros afectos, pero otras veces requerirán ser potenciados o *reorientados*. A este respecto, escribe Fernando Sellés:

“Lo conveniente es que la afectividad humana sea acorde a la densidad ontológica de las realidades que provocan en nosotros estas redundancias, es decir, que sea pequeña ante las cosas menos importantes (medios naturales o culturales) y grande ante lo más relevante (las personas). Lo que procede es que se puede prescindir de los afectos sobre las cosas menores, pero no respecto de las sublimes, porque en esa tesitura nos despersonalizamos. Con todo, tampoco en el caso de las superiores hay que buscar los afectos *directamente*, sino las realidades que los suscitan” (2009, p. 173).

La fuerza del ejemplo

Una afectividad bien ordenada no sólo posibilita la elección del bien, haciendo de ello una experiencia satisfactoria, sino que facilita también a la persona la comprensión de las enseñanzas morales. Sin embargo, cuando las verdades que el educador transmite -sobre contenidos morales y afectivos - *tropiezan* con disposiciones contrarias dentro del educando en relación a dichos temas, la enseñanza por sí sola puede

tener muy poca o ninguna eficacia.

Al respecto, escribe Antonio Millán Puelles: “Pocas razones le hacen falta al hombre para entregarse a una pasión que le domina, tal vez ninguna razón, o por lo menos ninguna otra razón que el hecho de que siente esa pasión” (1963, p. 186). De ahí que para la educación de la afectividad sea necesario, además de la formación de la inteligencia, valerse de otros recursos que actúen más directamente sobre las disposiciones afectivas del educando.

El ejemplo del docente

Romano Guardini, de manera muy acertada, afirma que “La primera cosa eficaz es el ser del educador; la segunda, lo que él hace; la tercera, lo que él dice” (2000, p. 49).

Lo que el educador no logra enseñar a través de la palabra –razones y argumentos- lo hace explícito muchas veces a través de su actitudes y de sus gestos. Los hechos tienen una fuerza de atracción incomparablemente mayor que el mero discurso -aunque la oratoria del profesor sea buena-. Y es que, como decía Tomás de Aquino, citado por Millán Puelles: “en lo que concierne a las acciones y pasiones humanas se cree menos en las palabras que en las obras, con lo cual, si alguien pone en práctica lo que dice ser malo, más provoca con el ejemplo que disuade con la palabra” (1963, p. 199).

El ejemplo consiste principalmente en *lo que se hace* y no en *lo que se dice*. Sin embargo, aunque a través del ejemplo de vida no se *expliquen* las razones que tiene la persona para actuar de un modo determinado, aquel que lo observa es capaz de descubrirlas, e incluso, de asumirlas después para la propia vida (Millán Puelles, 1963, p.198).

Todo *hecho ejemplar* revela lo que el agente estima como bueno; de ahí que el estudiante capte la *coherencia* entre lo que el maestro enseña en clase y lo que practica. “El ejemplo –escribe Millán Puelles-, en

su sentido más dinámico para la vida y la conducta humana, es una concreta acción o situación moralmente ejemplar, es decir, imitable” (1963, p. 186). Aquí radica su fuerza.

Un ámbito de especial resonancia para los jóvenes es la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, según indicábamos más arriba. Así, un aspecto que debe ser especialmente tenido en cuenta es el de la justicia.

Los jóvenes, precisamente porque están madurando en su afectividad, se sienten con frecuencia heridos y discriminados por parte de quien ostenta la autoridad. Un trato justo debe hacerse patente en la igualdad de oportunidades que se ofrecen a los estudiantes; en la manera de evaluar por parte del docente, etc.

El compromiso con la educación se advierte también en la puntualidad con que el profesor acude a sus clases, en la seriedad con que lee y revisa los trabajos, etc.

En pocas palabras, lo que hace eficaz la acción educadora es formar *simultáneamente* con las palabras y con la propia vida. Ahora bien, educar con el ejemplo no significa que el profesor deba poseer una completa madurez moral y afectiva, pero sí que vaya por delante en el esfuerzo de hacer realidad en su vida aquellos valores que se propone enseñar.

Vidas ejemplares

En esta misma línea, una herramienta valiosa para la formación de la afectividad es el recurso a *biografías o vidas ejemplares*. La literatura, el teatro y el cine nos ofrecen un apreciable número de ellas.

Los grandes valores de la vida no pueden ser impuestos, pero sí *propuestos* de manera atractiva. Una singular fuerza de atracción hacia lo bueno y lo bello es contemplarlos *encarnados* en la vida de los hombres. La biografía de personas que han sabido *vivir bien* se convierte para el lector

en *aire fresco*, en impulso para subir más alto en la propia vida.

A este respecto, me parece apropiado hacer alusión al bien que realiza entre los estudiantes de las asignaturas de Ética general y Antropología filosófica de la Universidad Católica de Colombia, la lectura del libro de Víctor Frankl (1991): “El hombre en busca de sentido”. Después de la lectura y análisis del texto, los estudiantes quedan *tocados* interiormente por estas vivencias. Reflexionan sobre su propia vida, les cuestiona el hecho de no saber valorar las cosas que tienen: su carrera, el amor, su familia, etc.

Este es solo un ejemplo, cada docente puede buscar y elegir aquellos libros que le sean más idóneos para los fines que se propone y en relación a los valores que se quiere transmitir o a los afectos que se desean suscitar.

El cine de calidad: un buen recurso pedagógico

El entorno del estudiante, como hemos señalado al final del primer epígrafe en que aludíamos al panorama de la sociedad actual, está marcado por lo que se llama la *cultura de la emoción y de la imagen*. De ahí que sea fácil comprobar que el estudiante universitario privilegia la información rápida, el impacto emotivo y la intuición, en vez del razonamiento lógico. Por tanto, en este tipo de cultura, la reflexión apenas tiene puesto; se hace necesario suscitara de manera creativa (González-Blasco y col., 2005).

A los educadores se nos presenta un gran reto: saber aprovechar los recursos mediáticos que sean de calidad en pro de la formación de nuestros jóvenes. Para ello, tenemos que anclar en la realidad del estudiante, partir de sus vivencias, de su mundo. Si el universo de las emociones y los sentimientos, que el cine sabe despertar muy bien, es una puerta de entrada a lo que vive el educando, debemos utilizarla como

un elemento que revierta luego positivamente en su formación.

Si, “en gran medida, educar estriba en saber suscitar afectos, en provocar estima hacia lo grande y digno, y repugnancia hacia lo mezquino e indigno del hombre” (Barrio, 2007, p. 131), el *cine de calidad* puede sernos de gran ayuda en esta tarea. La publicación de algunos estudios sobre este tipo de experiencias así lo confirma. A este respecto, el profesor Barrio, afirma:

El buen arte (...) es un excelente instrumento (...) para promover la capacidad de captar lo valioso: acostumbra a percibir la realidad de modo pluriforme, a ver sus diversas facetas; acostumbra a darse cuenta de que los problemas prácticos no tienen una única solución, de que la vida humana es un «arte» complejo e interesante, de que la ética no es una cierta carga antivital, como pensaba Nietzsche, sino una cierta facilitación de la vida... (2007, p. 131).

La propuesta de educar la afectividad a través del cine perdería su sentido si lo que el docente buscara fuera suscitar la emoción o el sentimiento por sí mismos. Lo que se pretende, por el contrario, es que éstos sirvan de punto de partida para suscitar la reflexión. La idea es “empezar por lo bonito y estéticamente bello, lo que «nos toca la emoción», para después zambullirse en la construcción de valores que además de bonitos sean verdaderos” (González-Blasco y col., 2005, p. 568).

Si el séptimo arte logra, de manera magnífica, suscitar sentimientos como alegría, entusiasmo, rechazo, aprobación, condena, etc., debemos saber utilizarlo como plataforma idónea desde donde configurar el corazón y la afectividad de nuestros estudiantes (González-Blasco y col., 2005).

Las vivencias íntimas que facilitan una buena película, o un clip de escenas cuidadosamente seleccionadas, son el *motor de arranque* para ayudar al estudiante a pensar

con seriedad ciertos temas. Si, normalmente, ante el sucederse de emociones, de imágenes, de sentimientos provocados por los *mass media* las personas no se toman el tiempo para reflexionar, debemos aprovechar el buen cine para propiciar que esto se realice. Se espera con esto que el joven aprenda una manera positiva de enfrentarse con sus propias emociones y sentimientos cuando esté en otros escenarios: los de su vida diaria. Que sepa leer, con más acierto que antes, el complejo mundo de las relaciones interpersonales que constituyen la trama misma de la vida humana, y que, una buena película sabe poner al *rojo vivo* ante los ojos -y el corazón- del espectador.

La Escuela de Pensamiento y Creatividad, fundada por el profesor Alfonso López Quintás en España, propone, desde hace muchos años, la enseñanza de las Humanidades, especialmente de la Ética, a través del arte. En una de sus lecciones sobre “El poder formativo del cine” se lee:

Al introducirnos en la peripecia vital de otras personas, el cine no se limita a facilitarnos una serie de datos sobre la realidad exterior. Desea hacernos vibrar con su historia interna, sus armonías y sus conflictos, es decir, los procesos de construcción y destrucción que forman el tejido de sus vidas. Cada hecho y serie de hechos hemos de verlos al trasluz, adivinando las posibilidades de vida que en ellos se crean o se anulan, se hacen fructificar o se agostan. Por eso, el espectador debe vibrar con lo que ve y oye, recibirlo con actitud de transformación, de paso constante de los hechos a los acontecimientos... el buen cine no sólo nos habla de la vida y nos narra su decurso; nos invita a reflexionar sobre el sentido de la vida ... (López Quintás, 2011, pp.21-22).

Para que esta tarea de formación a través del cine se desarrolle con acierto es imprescindible que el educador ayude a los estudiantes a no quedarse en el argumento de la película, ni en las emociones que ha experimentado, sino que le lleve a descubrir

la enseñanza o mensaje humanístico que encierra. Si la película ha *golpeado* la afectividad del joven es porque ha sacado a la luz –con singular fuerza- aspectos importantes –conflictivos quizá- de la propia existencia. Es el momento de *purificar* los propios sentimientos, de re-organizar nuestro mundo afectivo, para que éste, al plasmarse en actitudes concretas, se convierta en un *aliado* de nuestra vocación al amor, de nuestro camino de realización personal.

Es lo mismo que afirma el profesor López Quintás:

Al sumergirnos en tramas de ámbitos que ofrecen posibilidades de vida, el cine nos entusiasma porque ensancha nuestro horizonte vital. Eso sucede de forma modélica en películas como *La vida es bella* –de Roberto Begnini–, aunque su argumento muy bien podría haber sido deprimente. El cine de calidad nos redime de la presión que ejerce sobre nosotros el afán de atenarnos a lo sensible, dominable, poseíble, manejable, y nos invita a movernos en niveles de mayor libertad interior. Tal invitación ejerce un papel educador sobresaliente. (López Quintás, 2011, p.24).

Por eso, bien está afirmar que “el cine es una fábrica de sueños que empieza avivando nuestros sentidos y suscitando emociones a menudo superficiales, correspondientes a los meras figuras, pero debemos conseguir que las ideas plasmadas en las imágenes inunden nuestro intelecto y nos hagan reflexionar” (López Quintás, 2011, p. 25). Por medio de la reflexión podrán modelar luego en nosotros actitudes positivas: gérmenes de las virtudes morales.

Es difícil querer suscitar en el estudiante una serie de reflexiones que en uno mismo no se han dado a partir de lo contemplado. El haberse sentido confrontado, a través del cine, con una situación, una vivencia, una serie de circunstancias o de relaciones, es señal idónea de que la película vale la pena ser vista.

La reflexión, por otro lado, es imprescindible, pues de lo contrario todo termina quedándose en una emoción momentánea, o se puede caer en un sentimentalismo muy poco formativo. Se perdería, entonces, el horizonte amplísimo y enriquecedor que el arte cinematográfico de calidad brinda a la educación humanística.

A manera de conclusión, un par de propuestas más:

Para terminar, se recalca, una vez más, la importancia de atender a la formación de la persona en todas sus dimensiones desde el ámbito universitario. Una tarea relevante en este orden es la formación humanística que, de manera transversal, debe brindarse a los estudiantes universitarios. Materias como antropología filosófica, ética, bioética, matrimonio y familia, filosofía del arte y teología, entre otras, pueden efectivamente cultivar, a la vez que la inteligencia, la sensibilidad y el corazón de los jóvenes en orden a la verdad, el bien y la belleza.

Otra propuesta concreta que sería de gran beneficio en la universidad es la institucionalización de espacios de *voluntariado*. Esta oferta puede ser una palestra óptima para promover, a la vez que la formación afectiva, la de la voluntad de los estudiantes. “La mejor manera de ayudar al joven a restablecer el equilibrio roto en su proceso de crecimiento y canalizar sus energías es propiciar actividades que supongan derroche físico, atención, o que le obliguen a salir de sí y a compartir” (Risco, 2009, pp. 162-163). Estas tareas que suponen entrega a los demás, encauzadas a través de un *voluntariado universitario* permitirían un enriquecimiento personal y catalizarían la madurez afectiva de los jóvenes.

Es tarea de la Universidad crear este espacio idóneo donde se brinde al estudiante la oportunidad de poner en práctica valores como la generosidad, el olvido de sí, la ayuda desinteresada a los otros. Y es que “la puerta de la felicidad se abre hacia fuera y no hacia

dentro. Cuanto más nos damos, más nos capacitamos para dar y más felices somos” (Risco, 2009, p.163).

Para concluir, recordar que es una apasionante labor la que se tiene por delante. En cuanto educadores de los jóvenes, puede ayudar a todos dirigir la mirada hacia Aquella en quien el Amor ha resplandecido de manera más excelsa. Aquella cuya belleza más profunda es reflejo de la *armonía* de su ser en todas sus dimensiones: María, por quien el Amor de Dios se ha hecho corazón humano.

Referencias Bibliográficas:

- Aquino de T. Suma de Teología. Vol. V. Madrid: BAC. 1994.
- Barrio J. Dimensiones del crecimiento humano. Educación y educadores. 2007, 5 (1): 117-134.
- Frankl V. Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn. Séptima Edición. Munich: Piper. 1987.
- Frankl V. El hombre en busca de sentido. Barcelona: Herder. 1991.
- González-Blasco P, Pinheiro T, Ulloa-Rodríguez M y Angulo Calderón N. El cine en la formación del médico: un recurso pedagógico que facilita el aprendizaje, Persona y Bioética. 2009, 5 (13): 114-127.
- González-Blasco P, Roncoletta A, Moreto G, Levites M. R y Janaudis M. A. Medicina de familia y cine: un recurso humanístico para educar la afectividad, Aten Primaria. 2005, 36 (10): 566-572.
- Guardini R. Las edades de la vida. Madrid: Palabra. 2000.
- Hildebrand von D. El corazón. Madrid: Ediciones Palabra. 2005.
- López Quintás A. El amor humano, su sentido y su alcance. Costa Rica: Promesa. 2009.
- López Quintás A. El poder formativo del cine de calidad. En: Primer congreso Cine y educación. El foco en el corazón. La educación de la afectividad a través del cine, Barcelona: Asociación
- CinemaNet. 2011. Disponible en: http://www.cinemanet.info/wp-content/uploads/2012/03/e-Book_FINAL.pdf
- Melendo T y Martí G. Elogio a la afectividad. Madrid: Ediciones internacionales universitarias. 2009.
- Millán-Puelles A. La formación de la personalidad humana. Madrid: Ediciones Rialp. 1963.
- Morales P., T. Hora de los laicos. Segunda edición. Madrid: Ediciones Encuentro. 2003.
- Risco A. Educación de la afectividad. En: Jiménez L (Ed.). La juventud a examen. Madrid: Fundación Universitaria Española. 2009, p.137-166.
- Sellés J. La enfermedad mortal del emotivismo. En: Jiménez L (Ed.), La juventud a examen. Madrid: Fundación Universitaria Española. 2009, p. 167-194.
- Wadell P. La primacía del amor. Una introducción a la ética de Tomás de Aquino. Madrid: Ediciones Palabra. 2002.
- Yepes R y Aranguren J. Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana. Pamplona: Eunsu.1996.